

Pintorescas y nutridas, las peregrinaciones semejan serpientes gigantes reptando desde el valle a la cumbre

HE aquí que la vieja Manchuria, merced al bélico influjo del imperialismo nipón, se ha convertido en el novísimo y mediatizado imperio de Manchukuo, de libertad ilusoria y estabilidad ultraproblemática.

El desventurado país, ensangrentado con matanzas terribles, víctima de las ajenas ambiciones, tan emancipado nominalmente como sojuzgado e intervenido en la realidad, es uno de los más interesantes del Globo. Comprende en sus límites terrenos tan diferentes como son montañas, desiertos y prados fértiles, donde, a pesar de lo rudimentario del cultivo, se cosechan el mijo, el sorgo, el tabaco y diversas plantas industriales.

Aun cuando ignoramos los límites exactos del nuevo Estado, podemos calcularle una población de siete millones de habitantes, dedicados, unos, al pastoreo (abundan especialmente los carabaos, que se utilizan por los naturales para los trabajos más diversos), al cultivo de las tierras, a la pesca en los ríos, y también al bandolerismo en campos o aldeas, y a la piratería en las costas.

La descomposición y la anarquía en que, desde hace muchos años, viven las regiones que constituían el imperio chino, o celeste, cuya población era algo mayor que la de toda Europa, y que abarcaba más de once millones de kilómetros cuadrados, favorece extraordinariamente el desarrollo del bandidaje, practicado desde antiguo por los indígenas. Esos pacíficos muchachos que hallamos cerca de Mukden o de Kirin por los caminos, con sus gavillas a la espalda o el bieldo al hombro, serán, probablemente, dentro de pocos años, bandoleros o piratas.

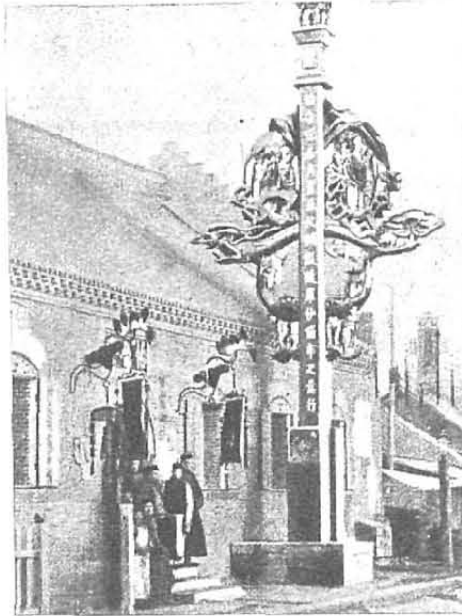


Y este junco puede ser tripulado por honrados pescadores o por merodeadores de ríos y mares

MANCHUKUO

por

Luis Hernández Alfonso



Un establecimiento comercial, con su insignia de gran fantasía, en Kirin

Y esas embarcaciones, (*junco*), aparejadas con su gran velamen primitivo y característico, pueden ser tripuladas por honrados pescadores o por merodeadores de ríos y mares.

País de fuertes contrastes, ofrece aspectos curiosos y espectáculos originalísimos. Arcos de triunfo, monumentales, se alzan en los caminos. Palacios de rico ornamento, templos a Confucio, con pilares tallados laboriosamente, barandas y escaleras, como el admirable de Kin-Fu. Y al lado de esas suntuosidades, aldehuelas misérrimas, turbas de famélicos que acuden a las estaciones del ferrocarril de Shan-hai-Kuan a Mukden, hogares infectos en los que prenden y se desarrollan vertiginosamente epidemias como la de peste que ahora, igual que otras veces, diezman la población manchú y constituyen terrible amenaza para toda la Humanidad.

En los puertos, a la llegada de los viajeros, como en los clásicos muelles de la China propia, enjambres de individuos, demacrados, harapientos, ofrecen sus servicios para transportar a personas o mercancías en rudimentarios vehículos. Las blusas amarillentas se mueven, arremolinan y corren. Diríase un pueblo amotinado.

Como en todos los territorios donde se venera a Ko-fu-tsen, hay santuarios, algunos en las montañas, a los que llegan los creyentes subiendo por escaleras y puentes que salvan abismos. Pintorescas y nutridas, esas peregrinaciones semejan serpientes gigantes reptando desde el llano a la cumbre. La piel del falso reptil es el conjunto de vestiduras de los peregrinos, de los cuales, unos, los pobres, suben a pie, fatigosamente, y otros, los ricos, sentados cómodamente en palanquines o angarrillas, sustentadas por los criados del creyente o porteadores pagados para el viaje. Como perdidas en las llanuras, algunas



En los puertos, a la llegada de los vapores, un enjambre de individuos demacrados ofrecen sus carretillas

ciudades, con murallas, nos recuerdan los tiempos heroicos de estas comarcas, hoy codiciadas por el Japón. Fortificaciones antiguas hay tan curiosas cual las de Si-nan-fu, en las que el agua tiene singular importancia. En otras poblaciones, en días de feria, la muchedumbre pulula bajo los toldos y se agolpa deseosa de presenciar las funciones teatrales al aire libre. En derredor, los míseros feriantes pregonan sus artículos. Por el contrario, en las calles céntricas, los comercios se anuncian con insignias o postes de gran fantasía y no menor originalidad.

Ahora, la guerra, la terrible plaga que convierte en fieras a los hombres, y que, con trágica perpetuidad, lleva en sí el germen de su periódica reproducción, habrá convertido en páramos no pocos terrenos antes fértiles, destruido aldeas, desmantelado ciudades, regado con sangre los prados floridos y enturbiado las aguas de lagos y ríos.

Ha bastado una ambición, un afán de dominio para que, tras el tabletear de las ametralladoras y los estampidos de cañones y fusiles, surja, entre el espanto y la muerte, un nuevo Estado, regido nominalmente por un rey, hombre de paja al que manejan, explotando su vanidad y su afán de grandezas, los invasores procedentes del pobladísimo archipiélago, insuficiente ya para contener a sus habitantes.

Y por si tales desdichas no fueran suficientes para entenebrecer la vida de los manchúes, la peste causa diariamente millares de víctimas.

Entretanto, en Ginebra celebra su enésima reunión la Sociedad de Naciones, organismo encargado de mantener la paz y concordia de todos los pueblos del planeta.

Madrid, 1933.



Estos pacíficos muchachos serán, probablemente, dentro de pocos años, bandoleros o piratas